

Carlos Barral, poeta

En una poética escrita por Barral en 1965 para la antología de poetas españoles publicada en Buenos Aires por Rubén Vela, el escritor barcelonés afirmaba lo siguiente, sin duda como respuesta a las ideas de Aleixandre y, especialmente, de Bousoño, sobre el fenómeno poético: «La poesía es primordialmente un resultado especulativo, no un medio singular de expresión de realidades espirituales preexistentes al poema». No poesía como comunicación, y por tanto tampoco de la experiencia en su sentido actual sino como «sistema de referencias organizado según una estructura estética única», o dicho con otras palabras: «el poeta (como el lector) se inventa, se hace en la aventura poética». La edición a cargo de la novelista y crítica Carmen Riera de la *Poesía completa* de Barral*, que amplía las dos recopilaciones anteriores, nos sitúa ante la posibilidad de rescatar a un poeta tanto del personaje como del prestigioso editor. A pesar de sus volúmenes de memorias, en los que hay referencia

a la redacción de sus poemarios, y de las dos ediciones de su *Diario de Metropolitano*, editado por García Montero, Carlos Barral ha corrido mala suerte entre los lectores y críticos. Las razones son diversas y complejas, pero sin duda una de ellas es la exigencia y rigor de muchos de sus poemas, que exigen a su vez del lector un esfuerzo semejante. Confieso que cuando leí dos de sus poemarios hace algo más de veinte años, pasé por ellos sin que pudiera atestiguar lo que ahora me parece evidente: Barral es, por momentos, un poeta de verdad y ocupa un lugar singular entre Valente, Jaime Gil de Biedma, Roberto Juarroz, Claudio Rodríguez, Jaime Sabines, Eugenio Montejo y Francisco Brines, por sólo citar algunos de los más destacados de su generación en el ámbito de la lengua.

El diálogo mayor con un contemporáneo sin duda lo tuvo con Jaime Gil de Biedma, pero anduvieron por caminos distintos aunque sin duda se cruzaron en varios puntos: el interés de ambos por Jorge Guillén, por el prosaísmo (en el caso de Barral ese momento se llama *Diecinueve figuras de mi historia civil*), en su interés por Eliot y por considerar, desde el punto de vista ideológico, que ambos –burgueses de izquierda– tenían el deber de situar la mala conciencia de su situación privilegiada. Barral afirmó esta idea brechtiana en varios momen-

* *Lumen, Barcelona, 1999.*

tos de su prosa y Jaime Gil, de manera poética, al confesar que era «por mala conciencia, poeta social». Ahora bien, el peso de la poesía barroca en Barral, especialmente la línea gongorista, la elaboración moderna del simbolismo y de éste el legado de su figura crítica mayor, Mallarmé, son determinantes en su trayectoria poética. Creo que tiene razón Carmen Riera cuando afirma que la obra de Barral «constituye una de las aportaciones más brillantes de la poesía de posguerra española», y destaca la precisión de orfebre de su trabajo. Quien haya leído su *Diario* podrá asistir a una conciencia tipo Valéry respecto al proceso creador, en ocasiones tan aguda que parece imposible que pudiera terminar en poema, porque se trata de una construcción morosa y lúcida: la sabia contemplación de la producción poemática. Además de una apuesta enormemente arriesgada por la lucidez, su *Diario*, pero sobre todo sus poemas mismos, nos muestran a un poeta de aguda sensibilidad respecto al lenguaje que siempre aceptó el reto de la obra a la búsqueda de su propia forma. Quiso, sobre todo, evitar la servidumbre del poema hacia el referente y trató, en ocasiones de manera satisfactoria pero en otras quedándose en notable intento, de convertir el poema en soberano de la experiencia poética. Dos de esos logros son

los poemas de *Metropolitano* «Un lugar desafecto» y «Ciudad mental». Pocos de nuestros poetas del siglo XX se han planteado tan en serio la tensión entre las palabras y las cosas, entre el ser y los objetos. Quisiera, en este sentido, mencionar los casos, entre los españoles, de Jorge Guillén y, entre los ya en mi generación, Sánchez Robayna, quien guarda algunas semejanzas en varios sentidos con el poeta barcelonés. Artesano dotado de un vocabulario exigente, Barral esculpe poemas donde la transparencia se abisma y con ella el lector que busca asirse en el mundo conocido. ¿Qué vemos? No palabras sin significado sino nuestra propia experiencia vital, inédita hasta entonces. Sin el salto del lenguaje cercado por la significación al lenguaje que trasciende dicha significación hacia una presencia dotada y dada de realidad, no hay posibilidad de poesía verdadera. Es curiosa, dentro de una poética semejante, la presencia ocasional del Neruda de *Residencia en la tierra*, pero quizás no lo es tanto si pensamos, contra lo que han afirmado algunos de los estudiosos de la obra del chileno, que el lenguaje de ese libro mayor de nuestra poesía está muy lejos de ser mimético.

En cuanto a sus poemas posteriores, en los que la tensión del lenguaje y su tendencia al hermetismo se ablanda hacia lo prosaico, creo

que no logra lo que Jaime Gil de Biedma, diestro en esas lides aprendidas, entre otros, en Auden. Aunque irónico, tampoco incurrió en lo satírico, quizás porque se lo impedía su necesidad de convertir las palabras en duraderas, y la ironía, salvo en raros momentos atenta contra el postulado analógico de la afirmación poética. Si hubiera que situarlo históricamente quizás se podría decir que Barral, como heredero de la poética barroca y simbolista, es un magistral epígono. De ahí, tal vez, que no haya tenido demasiado futuro entre los jóvenes y sí Jaime Gil, que dotó a la poesía de su generación de un vehículo eficaz para combinar la construcción poemática en el momento casi de su desaparición. La aportación de Carlos Barral fue otra y enlaza con lo mejor de nuestra modernidad: vio el vacío ontológico en el que se apoya toda palabra y al mismo tiempo propuso —en cercanía de nuevo a su admirado Guillén— la imagen poética como dadora del ser.

Juan Malpartida

Entre el delirio y la literatura*

Reinaldo Arenas nació en Cuba en 1943 y se suicidó en Nueva York en 1990. Era un adolescente cuando triunfó la revolución castrista que de manera tan profunda incidió en su vida y en la del resto de los cubanos. Tras sufrir varios años de cárcel, Arenas salió de Cuba hacia el exilio en 1980, junto con muchos presos comunes y políticos que Fidel expulsó, y otros cubanos que se habían refugiado en la embajada del Perú. Su primera novela fue publicada en La Habana en 1967, *Celestino antes del alba*, cuyo título definitivo sería *Cantando en el pozo* (1982). La mayoría de sus libros tienen como referentes las peripecias de su vida y la dictadura castrista, ambos sometidos a las torsiones y distorsiones de una imaginación algo arbitraria que tiende a exorcisar los demonios de la realidad aunque, hay que señalarlo, es creadora de otros. Arenas escribió uno de sus

* El color del verano o Nuevo «Jardín de las delicias», 465 pp. Reinaldo Arenas, Tusquets, Barcelona, 1999.